

El problema general del desarrollo del Marxismo en el siglo XXI

Hermann Güendell

RESUMEN

Con la consolidación del neoliberalismo como modelo de desarrollo por seguir en las sociedades occidentales, ha reaparecido un capitalismo sin tema social que profundiza las inmensas diferencias sociales existentes. Ello ha producido, como efecto inverso, la necesidad política de conceptualizar una alternativa de organización social que dé respuesta a nuestra situación humana. Esta alternativa es el socialismo. Con ello se abre una rica posibilidad para que el marxismo recupere el protagonismo político que tuvo en el siglo XX. Esto exige un replanteamiento

conceptual y organizativo que le dé efectividad política en el contexto del capitalismo del siglo XXI. Tal reto del presente será superado solo si el marxismo, como discurso de la revolución, acepta desarrollos innovadores tanto en el plano teórico como en el organizativo. En este ensayo demuestro que esto es posible, elucidando el mecanismo epistemológico por el cual se da, y ejemplifico, a su vez, con algunos desarrollos innovadores que se han presentado ya en la historia del marxismo.

Marxismo y poder

Durante 142 años el socialismo marxista acaparó el horizonte de las alternativas políticas al modo capitalista de organización social. El proceso de desaparición del socialismo histórico, que concluyó con la disolución de la Unión Soviética, permitió el desarrollo de un discurso ideológico conocido como el del “fin de las ideologías” o muerte del marxismo. Bajo su peso el marxismo vio eclipsar aquel protagonismo político del que disfrutó en Occidente.

Ocultando, como su trasfondo, la reorganización de la geopolítica global, propia del fin del escenario internacional de la guerra fría, la ideología de la muerte del marxis-

* Filósofo costarricense, graduado en la Universidad de Costa Rica. Es autor de múltiples ensayos especializados y artículos para el Semanario de la Universidad de Costa Rica. Actualmente es profesor de la UNED de Costa Rica.

mo reforzó el proyecto de globalización que se gestó en la década de los ochenta, y se impuso al neoliberalismo como el discurso ideológico del capitalismo en la post-contemporaneidad. El hombre fue arrojado así a un mundo sin alternativas, adueñándose la desesperanza de su vida.

El resurgimiento de la esperanza

Hoy día, luego de una década, resulta más que evidente el efecto social que ha generado aquella ideología del capitalismo hegemónico. El neoliberalismo siembra, en nuestra actualidad, más miseria humana que aquella que Marx denunció en el siglo XIX.

El capitalismo se ha recrudecido, pues ha perdido el tema social, no porque lo ha resuelto, sino porque no lo ve ya como necesario. Ante ello, la única salida decorosa para el ser humano es el socialismo. Hoy se requiere que aquel ideal se materialice, se reconstituya en alternativa. El socialismo consiste en la centralización de todo aspecto social sobre la dignidad humana, es decir, sobre la reafirmación del hombre como único señor de lo que ha creado, su propio mundo.

La desfachatada prepotencia neoliberal ha recolocado el tema de una alternativa política al capita-

lismo como una necesidad del ser humano, y por supuesto como un deber de la filosofía política. A diferencia de la ciencia social que ha surgido de ella, en la reflexión filosófica sobre la política, no se lee al poder en tanto tal; sino en tanto el hombre dentro de él. La filosofía política se caracteriza por colocar el poder al servicio del hombre, su esperanza, y dignidad futura.

Hoy por hoy, el capitalismo ha deteriorado al ser humano. Destruída la naturaleza, corrompida la sociedad, no puede haber otra víctima más que el hombre. El capitalismo neoliberal ha puesto sobre la mesa de discusión el tema del socialismo. Nos ha obligado a un resurgimiento de la esperanza. El socialismo aparece así como la salida digna al problema del hombre sumergido en la onerosa contradicción que el neoliberalismo ha creado, la concentración de la riqueza en manos de unos cuantos y de la miseria en manos de demasiados.

Este es el espacio de efectividad para la reaparición protagónica del socialismo marxista. El marxismo se convierte entonces en un tema obligatorio de la filosofía política, y por supuesto, en un tema urgente para el hombre actual frente a una sociedad de desigualdades profundizadas hasta extremos abominables por el neoliberalismo

y, lo que resulta ser la meta única del capitalismo post-contemporáneo, la globalización.

Estoy seguro de que proponer un estudio hoy al del marxismo implica gestar su reconstitución como nueva alternativa protagónica. Significa entonces hacer surgir desde nuestro presente un neo-marxismo que posibilite la reorganización de los actores vigentes dentro del escenario político actual, introduciendo, así, luz en esta oscuridad, vida en esta existencia.

La política es el escenario histórico de transformación y configuración de la sociedad. Dentro de ella, el hombre asume la capacidad de ser un actor que ejecuta relaciones de poder.

El poder es un eje fundamental de la sociedad. A través de prácticas de represión se ha configurado simultáneamente tanto en el escenario político de una sociedad, como en el escenario general de la sociabilidad humana. Toda relación humana supone una relación de poder. En la sociedad actual las relaciones humanas están mediadas por imágenes o perfiles de socialización, que son asumidos y materializados según la capacidad particular de un hombre. Tales imágenes incorporan un tipo de relación de poder específica, que no

vale por sí misma, sino por el escenario político que posee como trasfondo. Toda relación de poder consiste propiamente en una advertencia garantizada de ejercicio real de poder (en todo caso represión) de acuerdo con las posibilidades que el escenario político vigente le permita; así pues un padre puede castigar a su hijo; pero el castigo no puede llegar a la abominación del abuso.

El poder se ha organizado históricamente gracias a prácticas de represión que han permitido la constitución de una hegemonía. ¿Qué es, pues, el poder? Es, propiamente, la capacidad de configurar un perfil que de cohesión y coherencia a prácticas individuales disímiles. Por ello, constituye el escenario general de la sociabilidad humana.

Si bien somos conscientes del poder a través del escenario político vigente (Estado, Gobierno, Legalidad) de cierto modo como algo separado de nosotros, es el poder, incidiendo directamente sobre el hombre, lo que posibilita que diversas conductas se configuren como actividad social, es decir lo vivimos aún en lo más privado de nuestro hogar.

Todos vivimos relaciones de poder a través de las imágenes o perfiles

que materializamos. Sin embargo; tal capacidad posee requisitos. No podemos “simular” que materializamos un perfil de socialización específico; sino que lo hacemos según condiciones materiales insalvables que constituyen el espacio de efectividad de toda materialización. Esto es lo que nos da protagonismo, y por qué no escribirlo, lo que nos ofrece la posibilidad de dominio de nuestro entorno.

Visto así, los dos momentos fundamentales en la vivificación del poder lo constituyen el protagonismo, y el dominio.

El protagonismo consiste en una imagen de renombramiento que requiere, ante la posibilidad de ser efímero, de ser consolidado. Para hacerlo, un actor político debe aglutinar a diversos individuos en torno a un proyecto; solo así puede pretender alcanzar y ejercer el dominio político. El dominio político es también una imagen en el escenario político, es el perfil del ejercicio directivo. Para materializar tal perfil, un actor protagónico consolidado debe colocarse a sí mismo como la única alternativa de salida a una crisis que él mismo le ha producido al actor político dominante.

El dominio se consolida cuando se reorganizan las superestructuras

preexistentes al protagonismo de un actor político. Una vez en el dominio, el actor legitima su poder, lo transforma en hegemonía, esto le exige configurar consenso. Tal configuración consiste en imponer como un elemento cultural un perfil o imagen de ciudadano dentro del estado nacional. El ciudadano es el actor material del consenso, la base humana misma de una hegemonía, o sea, de la capacidad de organizarse para gobernar, ser obedecido, y ante todo, no poseer frente sí rivales de sus mismas proporciones.¹

Resulta claro que asumir protagonismo y consolidarlo, así como alcanzar el poder político y, consolidarlo, son procesos que un actor político debe definir desde un inicio. El lugar político de tal definición es la estrategia de toma del poder, un requisito para que el actor logre arribar tanto al protagonismo, como a la capacidad de configurar cohesión y coherencia en las prácticas individuales disímiles.

1. El concepto de hegemonía fue introducido al marxismo por Antonio Gramsci, pero posee antecedentes conceptuales en el análisis que realiza Lenin al proceso de la revolución de Octubre, y más aún pueden identificarse elementos de teoría de la hegemonía en el mismo Marx, sobre todo en el “Dieciocho Brumario”.

Al reaparecer el socialismo en el escenario político como una alternativa, se convierte en un proyecto propio de un actor que aspira al protagonismo, y por supuesto al dominio. El marxismo tiene, en esta reaparición, el espacio de efectividad que le permite retomar la vigencia que el discurso ideológico de la muerte de las ideologías intentó restarle.

Sin embargo, no puede aspirarse a la recuperación del protagonismo político del marxismo, partiendo burdamente de una afirmación fundamentada en la simple voluntad, o bien, en la libre interpretación; por el contrario, debe identificarse una condición propia al marxismo que le permita recobrar, en el contexto de la reaparición del socialismo, la vigencia que requiere su protagonismo. Demostrar que el marxismo puede ser hoy, como lo fue ayer, una alternativa socialista protagónica exige, por lo tanto, evidenciar su capacidad de desarrollo innovador² tanto teórico, como organizativo. Esto nos obliga a estudiar su estrategia, su

modo de optar, desde el protagonismo, por el dominio, y configurarlo en hegemonía.

Este estudio permitiría establecer una criticidad básica desde la cual asegurar que la vigencia de 142 años de socialismo marxista se proyecta hacia el siglo XXI, levantando de este modo un modelo materializable de sociedad ante un capitalismo sin tema social.

El socialismo no puede mantenerse en el rango del simple ideal. Los ideales han resultado en muchos casos simples golpes de la voz. Debe desarrollarse, sobre el papel al menos, un perfil de sociedad socialista, es decir, elaborar una utopía. No en el burdo sentido de lo que no existe, sino en el rico significado de lo que puede existir a través del esfuerzo humano; en mi opinión, este es el verdadero significado que le otorgaban aquellos filósofos renacentistas a sus obras. Necesitamos de una utopía que nos dibuje un horizonte aún no existente, pero con tal fuerza que nos embruje con el fuerte conjuro de la esperanza. El hombre no puede vivir mucho sin esperanzas, por ello, el ideal debe dar lugar a la utopía, y con base en ella formular el proyecto que permita al actor político socialista consolidar su protagonismo y arribar, algún día, al dominio. No hacer esto es condenar a muerte la posibilidad de reafirmar

2. El concepto de innovación teórica y organizativa que utilicé aquí es mi interpretación a la propuesta de Louis Althusser del efecto de teoría, o sea la capacidad de la teoría marxista de desarrollarse a sí misma, renovarse al fin, según las exigencias de la lucha de clases.

la dignidad humana, ya que los ideales se desvanecen con sencillez ante la crudeza del mundo. El neomarxismo debe configurar el ideal en utopía, la utopía en proyecto, y el proyecto en práctica revolucionaria. Si se quiere llegar al socialismo debemos llegar a definir los rasgos de una sociedad socialista; no hacerlo, es dejar que el esfuerzo de tantos sea víctima de la aventura, es afirmar, del modo más irresponsable que imagino, que el socialismo es "el fruto de múltiples experimentos".³

Dialéctica del desarrollo del Marxismo

El marxismo es un fenómeno político sumamente complejo. Gran cantidad de autores, y de propuestas tanto teóricas como organizativas, lo han enriquecido a lo largo de 142 años. Por ello no puede afirmarse de modo categórico que el discurso marxista sea repetitivo,

o más osadamente aún, agotado. El marxismo no puede reducirse al discurso de Karl Marx.

Existe entonces una conclusión innegable, y es que el marxismo acepta desarrollos, replanteamientos si se le quiere decir así. Por ello mismo, continúa siendo una posibilidad abierta al filósofo político.

¿Qué es el marxismo? Mi propuesta personal consiste en definirlo como un discurso de la revolución que propone una alternativa materializable de sociedad frente al capitalismo fundamentada en una lectura específica de la historia. Esta lectura es el materialismo histórico, esa alternativa es el socialismo, y aquel discurso es la estrategia de toma del poder.

Resulta fundamental para demostrar el desarrollo del marxismo, estudiar su estrategia (el lugar político de las definiciones sobre el protagonismo y el dominio), la cual ha sido enriquecida continuamente por innovaciones conceptuales en todos sus aspectos, me refiero a elementos conceptuales como la definición del partido, el estado, la revolución. Solo a través de este estudio podemos afirmar su vigencia política y humana en el siglo XXI.

3. Esta es una de las afirmaciones más temerarias y hasta irresponsable que podríamos encontrar, más aún si quien la formuló fue el máximo líder de la revolución bolchevique, en efecto, Lenín mismo nunca supo lo que era el socialismo, menos aún como podía ser una sociedad socialista. Pueda que este sea un factor más que anotar a la explicación del fenómeno político del estalinismo dentro del socialismo histórico.

Ya en su momento se ha demostrado que el desarrollo del marxismo se gesta en el terreno histórico de la lucha de clases particular⁴ dentro de un estado nacional. El desarrollo del marxismo está constituido por marxismos particulares. Entre estos se presenta una relación de identidad u orgánica⁵, que constituye el lugar común de todos los discursos marxistas emergentes y que nos permite hablar con propiedad de un marxismo más allá de Marx.

Tal relación orgánica entre las diversas estrategias marxistas es la base del desarrollo del marxismo, y un criterio más para afirmar su vigencia, pues fundamenta su capacidad de desarrollo ¿En qué consiste este desarrollo? Consiste

en la innovación conceptual y organizativa dentro del discurso o aparato básico marxista.

Este desarrollo es producto de una exigencia objetiva para el protagonismo y el dominio, a saber, entender el contexto en el que se vive.

Pretender el protagonismo político en un contexto particular de lucha de clases, es decir, en una sociedad específica, hace obligatorio que el discurso marxista corresponda a las particularidades de un estado nacional. Esto supone entonces un proceso de innovación conceptual. Todo discurso marxista tiene, por lo tanto, un contenido material específico que le da su eficacia dentro de un contexto que le es propio.

La eficacia en el contexto es el criterio determinante de la consideración de una innovación teórica y organizativa como un desarrollo real del marxismo en general. Tal eficacia consiste en la comprensión de la situación a la que se enfrenta; esto es lo único que nos puede dar explicación y dominio de la realidad a nuestro entorno.

El contenido material del desarrollo del marxismo es su eficacia teórica organizativa, tal eficacia supone un tipo de innovación. No se puede luchar contra la corriente siendo mediocre. La exigencia de desarrollar

4. Se trata del argumento que esgrime Louis Althusser al realizar su análisis titulado: "El marxismo no es un historicismo", en *Antología*, Siglo 21, México, 1980.

5. El concepto de relación orgánica fue introducido al marxismo por el filósofo italiano Antonio Gramsci, con él se designa la funcionalidad de un intelectual, o también de una ideología, dentro de una clase social y su hegemonía. En nuestro caso el concepto de relación orgánica designa la materialización de un discurso dentro de una matriz general haciéndolo parte de ella sin perder su especificidad, pues la enriquece por medio de una innovación.

un discurso marxista propio, que nos posibilite protagonismo y dominio, excluye radicalmente toda posibilidad de repetición, todo dogmatismo, todo voluntarismo.

El desarrollo del marxismo se da por una exigencia de comprensión innovadora dentro del contexto de lucha de clases en un estado nacional específico. Tal exigencia constituye el contenido material del desarrollo del marxismo en la medida en que corresponde a su contexto histórico. Pero además representa un desarrollo del discurso marxista previo, o general, a través de una organicidad con él.

Tenemos que enfrentarnos entonces a un problema: ¿Cómo se produce la dialéctica del desarrollo del marxismo? Se produce como una transformación de lo general a través de lo particular, posible porque el discurso marxista necesariamente corresponde a su realidad histórica, es decir, es eficaz, dentro de ella, para ser protagónico.

En esta dialéctica intervienen tres factores: uno es la particularidad del proceso histórico de lucha de clases, otro la organicidad del discurso marxista emergente con el discurso marxista base, y, el último, es el discurso base mismo. En el contexto de la lucha de clases, todo discurso marxista es genera-

do a partir de un aparato conceptual básico, de aquí la organicidad entre lo emergente y lo constituido.

Ese discurso básico está constituido esencialmente por los diversos enriquecimientos, a lo largo de 142 años, a la teoría de la plusvalía, la teoría de la lucha de clases, la teoría de la sociedad y el poder político, teniendo a su vez un conjunto de elementos teórico-políticos característicos del marxismo, a saber: el materialismo histórico, el socialismo, y la elección de un sujeto político revolucionario.

Entendido así, tanto su capacidad de desarrollo, como el proceder dialéctico de ese desarrollo, configuran al marxismo en una plataforma programática que permite a un actor político ser una alternativa real a la sociedad a la que se enfrenta. No se puede luchar contra corriente siendo mediocre, dejándose llevar por la improvisación, la ingenua voluntad, o la vergonzosa ignorancia.

Debemos abordar ahora una nueva dimensión que se nos revela en la dialéctica del desarrollo del marxismo, un problema epistemológico, a saber, ¿cómo se produce la innovación conceptual?

Dialéctica de la innovación conceptual

Ningún hombre al crecer reconstruye el conocimiento humano, no revive la historia de aciertos y fracasos de la explicación y el dominio del mundo. Suponer lo contrario sería sinónimo de afirmar que en su desarrollo intelectual, todo hombre pasa primero por una fase geocéntrica, para luego descubrir el heliocentrismo, la gravedad, y finalmente, formular una propia teoría de la relatividad. Nadie redescubre las verdades que la humanidad ha establecido, más bien las asimilamos y utilizamos como algo dado ya a través de la educación formal. No vemos el mundo, somos enseñados a verlo.

Con nuestro crecimiento asimilamos, por medio de la educación, una visión de mundo, una perspectiva de la realidad que la humanidad ha creado como el mundo que habitamos. Esta visión, o perspectiva, es la matriz real de todo conocimiento que poseemos. Para entender nuestra situación en el mundo, ninguno parte desde cero. No saltamos de la ignorancia a la sabiduría, sino de la sabiduría a la innovación. Todo acto de la racionalidad humana parte de un acervo conceptual básico que nos permite conocer nuestra situación

en el mundo. Este acervo es la visión de mundo que nos ha sido impuesta al crecer.

El conocimiento consiste en una apropiación conceptual de la realidad, pero la percepción de esa realidad que es apropiada, a través de nuestra inteligencia, se encuentra condicionada por una visión de mundo. De este modo la visión de mundo encierra todo el conocimiento que la humanidad ha constituido, a la vez que posibilita la configuración de cualquier discurso de conocimiento. La perspectiva de la realidad que hemos asimilado, se convierte de este modo en una matriz epistemológica, que a su vez es un contenido de la cultura en la que somos configurados como ciudadanos de un estado nacional.

Sin embargo, la innovación conceptual no consiste en un desarrollo lógico máximo de los conceptos y las implicaciones que estos poseen dentro de la visión de mundo que los contiene; por el contrario, una innovación en el conocimiento representa un tipo de “paso hacia adelante” con respecto al límite de realidad afirmable desde la perspectiva que se poseía. Al innovar en el terreno del conocimiento generamos un nuevo concepto, que es reconocido como tal, solo a través de la visión de mundo que enriquece.

La innovación conceptual configura un enriquecimiento en la visión, explicación y dominio que un individuo posee de su situación en el mundo, ya que lo lleva a la afirmación de una realidad más allá de la que se afirmaba de modo inmediato. La innovación conceptual nos abre así una esperanza en el futuro, la posibilidad de superar lo que la racionalidad imperante impone. A través de nuestra capacidad de innovación, podemos afirmar que siempre habrá rutas alternativas de solución a diversas situaciones que se nos pueden presentar, o no, en principio como usuales.

En la innovación conceptual se transforma el contenido conceptual de la visión de mundo, no se la readapta, se enriquece el contexto de explicación y dominio con el que contamos los hombres, no se trata de la desaparición de la epis-

teme en general, sino de la superación de una crisis en la episteme⁶ particular de la cual partimos para percibir nuestro mundo en una situación histórica específica.

¿En qué consiste la innovación conceptual o de conocimiento? Consiste en la reinterpretación de la visión de mundo desde la cual percibimos nuestra realidad. No es una reinterpretación de la experiencia (pues nadie ve, sino que es enseñado a ver), sino del marco conceptual y categorial desde el que se constituye una experiencia. En principio, esto es posible porque las visiones de mundo, o perspectivas de la realidad, están compuestas por conceptos (delimitaciones específicas de objetos de experiencia) y categorías (formas puras del entendimiento).

La reinterpretación de la visión de mundo abre una respuesta alternativa a una situación conceptual. ¿Cuál es esta situación? Simplemente, es aquella en la que no tenemos un marco conceptual de explicación a lo que encontramos.

La base objetiva sobre la cual esto se produce es la actividad transformadora del hombre sobre la realidad para constituirla en su mundo, el lugar que habita, domina y configura en un lugar agradable para vivir. Es en la actividad del hombre sobre

6. Con ello se hace referencia a la matriz de discursos de conocimientos que forma parte de la cultura en la que vivimos, si entendemos por ella la planificación internacional de una identidad cultural. El concepto de episteme que utilizo aquí es propio de Foucault, y es retomado, o si se requiere interpretado, por su funcionalidad para mi propuesta. Hago aquí una distinción entre episteme general, o sea la capacidad histórica de construir discursos de conocimiento, y una episteme particular, que sería en todo caso, una matriz específica, como el heheliocentrismo, el cientificismo, el misticismo, etc.

lo real donde nos enfrentamos, por casualidad en muchos casos, a un "algo" que no estaba determinado por nuestra visión de mundo, y que, por lo tanto, no podía ser afirmado por nosotros como objeto dentro del mundo.

Surge entonces una interrogante ¿Por qué innovamos conceptualmente? Simplemente lo hacemos como un esfuerzo de racionalización de algo, revelado en la práctica humana, para lo cual no tenemos un marco conceptual que nos garantice su explicación y dominio.

¿Cómo se da la dialéctica de la innovación de conocimiento? Se da como una antítesis. La innovación conceptual se inicia, en efecto, en la antítesis entre la perspectiva constituida y la realidad que hemos encontrado en nuestra actividad como no determinada por esa perspectiva. Esta antítesis da lugar a una crisis general en la visión de mundo de la que partíamos, y nos obliga a reinterpretarla, concluyendo en el enriquecimiento de nuestro dominio del mundo.

Tenemos, entonces, que notar un nuevo aspecto que nos sugiere la dialéctica de la innovación conceptual, y se trata de una doble posibilidad en el efecto que posee. Ciertamente, la innovación conceptual puede provocar una ruptura total

con la visión de mundo preexistente, o bien, como en la mayor parte de los casos, se puede desplazar un concepto, dentro de ella, por uno nuevo que expanda la explicación y el dominio del mundo. Ese concepto desplazado quedaría relegado a un plano secundario antes de desaparecer totalmente. El doble camino que posee en efecto la innovación conceptual se resume en enriquecimiento, o muerte.

La dialéctica de la innovación conceptual en el marxismo conlleva esta doble posibilidad de efecto. Sin embargo, la innovación, lejos de ser una sentencia de muerte, se convierte en una afirmación de su vida; el desarrollo del marxismo exige innovación para mantener su vigencia.

Ciertamente la dialéctica de la innovación conceptual en el marxismo inicia con el descubrimiento de una realidad social inexplicada; pero al tratarse de un actor político que pretende protagonismo, la novedad conceptual lejos de conllevar a una ruptura, le permite entender el contexto en el cual opta por el dominio.

La innovación conceptual no produce ruptura en el marxismo, no porque se geste dentro de una organicidad, sino porque certifica su vigencia, es decir, su efectividad

en la explicación y dominio del mundo, lo cual posibilita al actor un insurreccional protagonismo.

En la historia del desarrollo teórico y organizativo del marxismo, muchos conceptos se desplazan, muchas teorías simplemente se abandonan de plano, porque el criterio de verdad es práctico, y la verdad consiste en la eficacia de un concepto, y su demostración práctica de comprensión de la realidad a la que nos enfrentamos, aportándonos así explicación y dominio. No dejaba de tener razón Bacón cuando afirmaba: *“El conocimiento es poder”* (Mora, 1995: 108).

La innovación conceptual, como origen del conocimiento contenido en nuestra visión de mundo, no puede partir de la nada, requiere de una base, esto ha quedado ya claro al inicio de este apartado, pero además de ese bagaje conceptual base, requiere de una forma de razonamiento específica que nos permita configurar una salida al problema que genera la aparición de un fenómeno no determinado por una visión de mundo. La analogía constituye, por excelencia, esa salida. Ya que podemos configurar, con base en similitudes, lo particular de una situación en una totalidad teórica, sobre la cual versa nuestra razón, hacemos teorías, formulamos conceptos. Por medio de establecer coinciden-

cias podemos avanzar en el esfuerzo de racionalizar lo indeterminado. La analogía es una salida intuitiva de nuestra razón ante sus propios límites, salida que no puede constituirse si recurrir a la imaginación como una facultad racional más de nuestra inteligencia.

El conocimiento se constituye sobre totalidades, sobre ellas trata y, con base en ellas, demostramos nuestras verdades. Estas totalidades teóricas u objetos conceptuales, son propiamente delimitaciones de situaciones concretas como temas generales de reflexión. Conocer significa configurar realidades específicas en objetos conceptuales.

Nuestra razón solo puede pretender constituir una verdad si parte de una totalidad, es decir, si delimita un tema; el carácter abstracto que posee aquello que dejamos como ilimitado nos impide llegar a su explicación. Nos separa, por ello, de su dominio. En el terreno del conocimiento no podemos suponer: debemos más bien afirmar para poseer dominio. Una afirmación requiere de una base sólida para argumentar; tal base es la totalidad teórica.

La verdad posee entonces un contenido material que le permite demostrar su efectividad dentro de la práctica de transformación de la realidad en mundo. Este conteni-

do no es otro que no sea la situación concreta delimitada como un objeto teórico.

La innovación conceptual en el marxismo requiere, precisamente, que una situación concreta dentro del contexto de la lucha de clases en el estado nacional, sea delimitada como una totalidad sobre la cual producir un discurso, teoría, o bien concepto.

Me resta ahora ejemplificar cómo todo lo arriba expuesto, se materializa en la historia del marxismo.

Sobre el desarrollo teórico-organizativo del marxismo

El marxismo mantuvo un protagonismo incuestionable durante 142 años. El factor base detrás de ese papel dentro del escenario político o de poder de todas las sociedades capitalistas, se encuentra en la vigencia que la innovación conceptual le da a este discurso revolucionario.

Indudablemente el tema de la estrategia de toma del poder constituye en aspecto fundamental para comprender cómo, en el terreno de la política, el actor marxista logró materializar el protagonismo y acceder al dominio. La estrategia de toma del poder, vista desde el enfoque de la filosofía política (el po-

der en función de hombre), constituye el lugar de las definiciones para el protagonismo y el dominio. Ningún actor político puede ser significativo en el escenario político de un país, sino opta, desde su primer momento, por materializar esos dos perfiles o imágenes de socialización (el renombramiento y la "directividad").

La estrategia política de un actor manifiesta, en la actividad para alcanzar su protagonismo, su coherencia teórico-programática; por ello, al estudiarla, debemos abordar los elementos conceptuales que la componen. En este estudio, encontraremos el rostro real del desarrollo del marxismo, evidenciando así la capacidad de innovación que le dio, y porqué no decirlo, le dará vigencia, según la capacidad de los marxistas.

Teoría del estado

Marx nunca escribió un estudio particular sobre el tema del estado. Encontramos más bien afirmaciones esparcidas en diversas obras, que por su agudeza y coherencia me posibilitan exponer una síntesis, al fin de cuentas, una teoría del estado.

Para Marx el estado surge históricamente como una organización de poder, construida a partir del

modelo de organización de los primeros ejércitos. Ya desde su origen, el estado actúa sobre la sociedad como el bastión defensivo del poder que se ha desarrollado, en función de intereses de clase. Siguiendo una tradición conceptual proveniente desde Hobbes en su "Leviatan", Marx define al estado como "la violencia concentrada y organizada de la sociedad" (Marx, 1978:21). Esta violencia que es organizada surge de la sociedad clasista misma.

El efecto social del despliegue del estado sobre la sociedad civil⁷ consiste, más que en la represión, en la presentación de los intereses de la clase dominante como intereses sociales. El estado posee entonces capacidad de configurar ideología. El estado afecta a la sociedad civil, pero a su vez está determinado por ella, es decir, por las relaciones e intereses de clase que dan lugar a leyes. Por esto el estado es concebido, en la filosofía política de Marx, como una de las superestructuras⁸ de la sociedad capitalis-

ta. El gobierno, que se materializa dentro del estado, es también la superestructura organizativa de la sociedad que, históricamente, posee formas específicas (el gobierno prusiano, el bonapartista, o bien, el gobierno de la comuna) producto de su organización interna, más que de su carácter de clase.

La revolución, que resulta de las contradicciones del modo de producción mismo, enfrenta al sujeto político revolucionario (el proletariado para Marx) con este orden de superestructuras de poder. La revolución consiste en la repolitización de la sociedad civil (Marx, 1978: t.3:35); se trata, por lo tanto, de un proceso económico-político, en el cual se descentraliza el poder. Esta es la base histórica para construir el estado futuro en la sociedad comunista. En ella el estado no estará por encima de la sociedad, sino que se subordinará a ella.

La teoría leninista del estado, por su parte, reformula, de modo general, la teoría de Marx. Para Lenin el estado actual es esencialmente la dictadura de la burguesía, pues el estado es, por definición, se diría hoy: "la organización de la violencia para la represión de una clase sobre otra" (Lenin, 1980b :32). Lenin no hace distinción entre estado y gobierno. Por ello, el estado re-

7. "... la forma de los intercambios condicionadas por las fuerzas productivas", en "La ideología Alemana" p. 125, Obras t. 2.

8. El concepto de superestructura utilizado por Marx refiere a la armazón interna o esqueleto de la sociedad, el término alemán usado fue generalmente el de "uberbau".

volucionario es el de la dictadura del proletariado, cuya característica distintiva será el centralismo democrático, la sustituibilidad de funcionarios públicos incapaces. El objetivo del estado es el establecimiento del poder del proletariado y campesinado (el sujeto político revolucionario señalado por Lenin). La teoría leninista no representa un gran salto innovador dentro del marxismo, pero sí es significativa, pues se trata de la primera formulación del perfil del estado socialista. Más significativa será la teoría leninista de la revolución, que innova al proponerla como un proceso político-ideológico, aunque su definición particular de revolución resulte pobre. Para Lenin, la revolución consiste en *"la sustitución de un modo de producción por otro"* (1980a).

Será el italiano Antonio Gramsci quien dé el gran salto innovador teórico organizativo en la teoría marxista del estado. Su concepción opera bajo dos conceptos: el de estado como superestructura compleja, y el de hegemonía. El estado es la *"hegemonía revestida de cohesión"* (Gramsci, 1984: 35). Esto es la capacidad política de quien domina, a través del estado, de ejercer poder directo dentro del consenso social que configura. La hegemonía es propiamente esa

configuración que da legitimidad al poder político de una clase social.

A través de la hegemonía, el consenso tiene supremacía sobre la represión, sin hacer, por ello, que desaparezca. Un estado hegemónico es aquel que junto a tener la capacidad de organizarse para gobernar, es ampliamente respetado y obedecido, y por sobre todo, no tiene frente a sí rivales de sus proporciones. El estado moderno es más complejo de lo que se supondría al afirmarse su carácter puramente represivo. En efecto, el estado moderno educa a sus miembros, forma su cultura nacional, configura su tipo de civilización. Por ello el estado moderno no anula la lucha de clases, sino su posibilidad revolucionara.

La revolución aparece cuando el estado hegemónico entra en crisis. En una hegemonía sólida, las superestructuras del poder (sociedad política y civil) conforman un bloque, es decir, son coherentes entre ellas. En el momento de la crisis, producto de fracasos políticos de quienes ostentan el poder, estas superestructuras se dislocan, el estado pierde capacidad ideológica, posibilitando así el ascenso al poder de una alternativa política, a la cual Gramsci llama el *"nuevo príncipe"*.

APORTES

La teoría del partido

Ya desde su origen el tema del partido ha sido un aspecto fundamental para el marxismo. Ya sea que se le conciba como dirección política de la revolución o, como educador de las masas, para el discurso marxista, la organización política es, por su práctica, parte fundamental en el proceso de acceso al poder.

En la teoría de Marx, el concepto de partido tiene implicaciones que le dan semejanza más con la idea de organización en general, que con el concepto de partido que poseemos hoy día. La diferencia entre ambos términos políticos radica en la existencia de un programa como requisito fundamental para poder hablar, en sentido estricto, de un partido. Para Marx no se requiere del programa, sino solamente de la aspiración común del proletariado. Esta aspiración consiste en convertirse en clase dominante, para lo cual requiere transformarse primero en clase política, o como lo escribiese Marx, transformarse de clase en sí, en clase para sí (Marx, 1978, t. 3). La organización del proletariado surge, entonces, de su propia experiencia, la de derrota, ya gremial, por barrio, ciudad, o provincia. Por ello, Marx considera al partido como la *"palanca... (del proletariado) en su lu-*

cha contra el poder... de sus explotadores." (1978, T.3: 309) El proletariado se organiza a sí mismo de modo independiente, voluntario. Esto no quiere decir que Marx creía en un tipo de *"expontaneísmo organizativo"*, sino porque, por el contrario, la organización del proletariado requiere de una propaganda política que la estimule. Es fundamental notar que en la teoría de Marx sobre el partido, este no dirige la revolución, sino que posibilita que el proletariado se organice para triunfar en ella. Es en este sentido en el que Marx señalaba a la independencia de clase, y al internacionalismo, como dos aspectos fundamentales de la organización proletaria. El primero porque los intereses del proletariado son irreconciliables con los de la burguesía, el segundo por el carácter internacional del capitalismo, que impone la necesidad de la unidad mundial de la clase obrera. Esta unidad mundial llega a concretarse en 1864 con la fundación de la 1ª Internacional.

El concepto marxista de partido logra un desarrollo innovador con la teoría que surge con el proceso bolchevique. Será a través de este que se configura y consolida el concepto de partido como lo conocemos hoy. El partido se define ahora por un proyecto político, no por la madures de una clase, que

por lo demás ha perdido su exclusividad como sujeto político revolucionario, pues el sujeto señalado por Lenin es el constituido por el campesinado y el proletariado. Concebido de esa forma el partido será el elemento político fundamental en la revolución, será pues su dirección, o como Lenin escribiera “*la vanguardia de la vanguardia*”(1980a). En tal posición el partido es agitador, organizador y propagandista, cuyos aciertos suponen errores políticos de la burguesía.

La experiencia de la revolución de Octubre abrió una rica veta teórica, recibida directamente por A. Gramsci el partido revolucionario es traducido, para las particularidades de occidente, como el “*principio moderno*”. El partido es ahora el organizador de la voluntad colectiva, su liderazgo sobre las masas (el sujeto político revolucionario señalado por Gramsci), le convierte en el centro de la actividad del militante, y exige de este cohesión con el partido. El partido para Gramsci es entonces la unión disciplinada para transformar la sociedad.

Entendido dentro del concepto de nomenclatura de clase, el partido revolucionario se constituye en la dirigencia intelectual (pues es esencialmente previsor) y ética

(pues dirige las masas hacia un nuevo tipo de civilización); es el *condottiero*,⁹ cuya función es planificar, prever y dar una perspectiva de la lucha por el poder. Tal proceder se fundamenta en lo que Gramsci llamó análisis histórico político, lo que hoy se conoce como análisis de coyuntura, una de las innovaciones más importantes, entre las aportadas por el italiano, al bagaje teórico y organizativo del marxismo.

La estrategia insurreccional y la revolución

En el discurso insurreccional de Marx la estrategia, o planificación de la lucha por el poder, posee tres categorías con base en las cuales se estructura, estas son: el papel histórico de la violencia, la radicalización de la lucha de clases, y finalmente la revolución permanente.

Para Marx la violencia es un hecho independiente de la voluntad humana, es un hecho histórico producido por las características de una sociedad. Marx nunca señala a la violencia en sí misma como un objetivo político. En la historia la

9. El término italiano se refiere a quién dirige la fuerza militar en la batalla, en el uso gramsciano se refiere al dirigente de las fuerzas revolucionarias en la lucha por el poder.

violencia se ha presentado como un correlato en la gestación de una nueva sociedad, por ello la concibe como *“la partera de toda sociedad preñada de una nueva”* (1985, t. 1: 15). La violencia es fruto de las escisión cada vez más profundas y significativas de la sociedad, es, por tanto, el factor de fuerza en la transformación social.

Por sí misma la violencia no es revolucionaria, pues su significado político aparece solo dentro de un contexto político: la revolución; de lo contrario la violencia solo sería vandalismo, o, como lo escribiera Marx, el *“varullo espontáneo”* (1978, t. 2).

La estrategia marxista original consiste en la radicalización de la lucha de clases, no en fomentar la violencia en sí. Esto significa transformar los antagonismos de clase en una guerra declarada, ello Marx le denominaba *“revolución permanente”*, en la cual se trata de hacer consciencia, en el sujeto político revolucionario, del antagonismo total entre él y la burguesía. Un elemento importante en esta estrategia consiste en el internacionalismo. Como lo he observado ya, este es producto del capitalismo mismo, y es significativo en el terreno de la estrategia como un factor de cooperación y comunicación.

El simplismo evidente en la estrategia de Marx fue superado, hasta hacerlo caer en un segundo plano, por la experiencia bolchevique. Gracias a ella, el marxismo posterior a Marx reconceptualiza el proceso revolucionario como un hecho político-ideológico, que no requiere ya de aquel requisito económico en el que Marx creía, y que más aún, supone otro sujeto político revolucionario.

Lenín señala que una revolución se presenta *“cuando los de abajo ya no quieren y los de arriba ya no pueden seguir viviendo a la anti-gua”* (1980a). La revolución es un proceso político que se presenta luego del fracaso del actor dominante en una gran gesta nacional, como una guerra, o bien, luego de una total incapacidad para gobernar en una emergencia nacional, como una hambruna. Junto a ello, la revolución exige que se consolide el actor político, el partido, como dirección del sujeto revolucionario, esto supone que el partido agrupe en torno a un programa político al proletariado y campesinado. Ninguna revolución triunfa si no posee una dirección política definida.

La estrategia leninista consiste, al apreciarla en general, en el *“entris-mo”* dentro del escenario político

vigente, para el aprovechamiento de los errores políticos de la burguesía.

El efecto teórico-organizativo de la revolución socialista rusa llega a su corolario con la aparición de las innovaciones conceptuales gramscianas. La estrategia de toma del poder es denominada por Gramsci como la *"guerra de posiciones"*.

El poder en la sociedad capitalista occidental se caracteriza no por la simple represión, sino por la creación de un espacio político de legitimidad, el consenso. La característica del poder en Occidente es su hegemonía. Este concepto, es el mayor aporte gramsciano al marxismo. Propiamente, la hegemonía consiste en la capacidad de organizarse para gobernar, ser obedecido por los ciudadanos y por supuesto, no poseer frente a sí un rival de sus mismas proporciones.

La revolución surge en el terreno de una crisis de la hegemonía, producto del mal manejo político de situaciones particulares por parte del actor dominante, ya después de una guerra, o en una emergencia nacional como la hambruna o un terremoto. Sin embargo, una crisis de la hegemonía no es sinónimo de una revolución, pues la hegemonía occidental tiene una gran capacidad de re-

generarse. Esta se manifiesta en períodos políticos de *"impase"*, en los cuales no es posible afirmar la imposición de ninguno de los actores en juego. La revolución, en términos reales, es un espacio político complejo de afirmación de posibilidades, de carácter dialéctico. En tal sentido la actividad del actor insurreccional (el nuevo príncipe) tiene el carácter de ser previo y organizativa. El actor político partidario no es el dirigente de la revolución, como pensó Lenin, sino es más bien el propagandista de una alternativa política. Quien dirige la revolución es el sujeto político mismo, señalado por Gramsci, el pueblo. La estrategia persigue provocar el momento político de *"catarsis"*, es decir, el de materialización de la alternativa política que el sujeto ha asumido, por medio de la actividad del nuevo príncipe, como su objetivo, el socialismo, o la nueva civilización como bellamente le llama Gramsci. Para lograr esto, la estrategia de *"guerra de posiciones"* supone disputar los espacios político-culturales en los que se afianza la hegemonía, esto significa entonces, crear frente al poder constituido, un rival que le resulte equivalente. Como bien lo escribirá Gramsci: *"toda revolución ha sido precedida por un intenso trabajo de crítica, penetración cultural, y de permeación de ideas."* (1984:16).

BIBLIOGRAFÍA

GRAMSCI, Antonio, 1980, *Il materialismo storico e la filosofia di Benedetto Croce*, Roma, Espistolari, Italia.

GRAMSCI, Antonio, 1984, *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el estado moderno*, Argentina, Nueva Visión.

LENÍN, Ilich Uliánov Vladimir, 1980, *Cartas sobre táctica*, Moscú, Progreso.

LENÍN, Ilich Uliánov Vladimir, 1980, *El estado y la revolución*, Moscú, Progreso.

LENÍN, Ilich Uliánov Vladimir, 1980, *El trabajo del partido en las masas*, Moscú, Progreso.

MARX, Karl, 1985, *El capital*, (tomo 1º), México DF, Siglo XXI.

MARX, Karl, 1978, *Obras completas*, (tres tomos), Moscú, Progreso.

ESTUDIOS:

ALTHUSSER, Louis, 1982, *Para leer el Capital*, México DF, Siglo XXI.

LICHTEIN, George, 1983, *El marxismo, un estudio crítico*, Barcelona Anagrama.

FOUCAULT, Michele, 1997, *Un diálogo sobre el poder*, Madrid, Alianza.

GARAUDI, Roger, 1970, *El marxismo en Europa*, Madrid, Fontanella.

MORA, Arnoldo, 1995, *Perspectivas filosóficas del Hombre*, San José, C.R., EUNED.